

## RECUERDOS DE *25 años de costal*



### **PRIMER RECUERDO: ENRIQUE MARTÍNEZ, COSTALERO**

El pasado día ocho de diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción, se cumplieron 25 años de la primera vez que me pusieron un costal. Lo que viene a ser, como decir, de la primera vez que se puso un costal en Zaragoza. Cierro los ojos por unos momentos y me parece que, apenas, ha transcurrido un suspiro de tiempo, pero si voy rememorando ensayos, procesiones y mil vivencias alrededor del Paso, que es como decir del costal, soy plenamente consciente de que han pasado los muchos años. También noto el inexorable transcurso del tiempo en las canas que pueblan las cabezas de los que

me acompañaron en aquel primer ensayo y en lo mucho que ha cambiado la Cofradía en estos años.

Pero, volvamos a aquel lejano viernes, día de la Inmaculada. Creo que, antes de esa mañana, nunca había visto un costal, el Paso sí, ya que un par de semanas antes había estado ayudando a montarlo. Ese fin de semana organizamos tres ensayos, en los tres días del puente, para tomar un primer contacto con el Paso y el costal.

Era una mañana soleada pero fría. Estábamos esperando unos veinticinco impacientes hermanos de la

Cofradía en las vacías calles del polígono de Cogullada, los mismos que la última Semana Santa habíamos sacado el Paso del Cristo del Amor Fraternal a varal. Hablábamos de todo y de nada, reíamos nerviosos porque no sabíamos a lo que nos íbamos a enfrentar esa mañana. Sí, sabíamos que nos esperaba un ensayo, pero no teníamos nada claro cómo podríamos levantar ese Paso de madera maciza apoyando nuestros cuellos, únicamente, en esas finas barras de madera que lo cruzaban.

Finalmente, llegó Javier, nuestro capataz, antes del varal y ahora del

## Semana Santa en Zaragoza

*Pero, volvamos a  
aquel lejano viernes,  
día de la Inmaculada.  
Creo que, antes de  
esa mañana, nunca  
había visto un costal*

costal y, con él Rafa, capataz del sevillano Paso de Jesús Despojado, dispuestos a enseñarnos una nueva forma de llevar un Paso. Tras los saludos y las presentaciones de rigor, tuvimos unas breves explicaciones que buscaban más entrar en contacto que entenderíamos lo que íbamos a hacer. Luego comenzaron a hacer costales liando esa prenda, mitad tela, mitad saco, con una morcilla -curioso nombre- para dar forma al costal con el que teníamos que aprender a llevar el Paso.

En seguida me llamó Javier y me pidió que me arrodillara con él. Tendió el costal en el suelo con la morcilla. Comenzó a plegarlo y, mientras lo retenía con las rodillas, me iba explicando cómo se hacía. Seguidamente, me lo puso dando tirones de aquí y de allá, mientras me marcaba, con un dedo, en la base del cuello el pico de una determinada vértebra sobre la que me decía tenía que llevar el peso y que a esa altura tenía que llegar el costal. No recuerdo si, aquella primera vez, quedó bien el costal o hubo que repetirlo, pero estoy seguro que en ese fin de semana repetimos muchos costales.

Finalmente, nos ordenaron por alturas para "igualarnos" en el paso, es decir, para repartirnos entre las diversas trabajaderas según la altura de cada uno. Me colocaron en la primera trabajadera, a la izquierda, al lado de una de las patas. Y, como era el más chico del palo, me pusieron un buen taco de madera para igualar mi altura con los demás.

A partir de ese momento se me nublaban los recuerdos superponiéndose



Jorge Sese

unos ensayos con otros a lo largo de los años. Creo recordar que nos invitaron a empujar con el costal en la trabajadera, para ir encontrando el sitio en el que teníamos que apoyarnos. También repetimos, una y otra vez, el movimiento para levantar el Paso y, supongo, nos dirían que

teníamos que encontrar nuestro espacio, pese a que casi ni cabíamos ni sabíamos cómo ponernos.

Finalmente, recuerdo que llegamos a levantar el Paso. O eso creímos. Siendo todos nuevos no había forma de que se mantuviera en equi-

## Semana Santa en Zaragoza



libro encima de nuestros cuellos. Si se le iba a uno, el desequilibrio que generaba, era suficiente para desequilibrar a todos los demás. Aun así, poco a poco, comenzamos a andar intentando llevar un mismo paso y salimos a la calle para hacer nuestras primeras chicotas.

Recuerdo que, en un momento, tras varios metros recorridos, ordenaron parar el Paso y bajarlo poco a poco, "despacio", "sin tirarlo" -nos decía Rafa-. Intentando seguir el ritmo de los demás, me fui agachando, con los pies separados, el izquierdo ligeramente adelantado para mantener el equilibrio. En ese momento, oí a Rafa gritarme: "Tú, no. Los pies al revés, el izquierdo detrás o te puede caer el zanco encima y chafártelo." Creo que son unas palabras que no olvidaré nunca y que, desde luego, durante todos los años al lado de mi pata izquierda he tenido muy presentes.

También, en aquellos días, me comenzaron a explicar en qué con-

sistía aquello de ir al lado de una pata. Un motivo de distinción para unos, pero para mí, ignorante de todo, algo inmerecido y, desde luego, motivo para un mayor esfuerzo y trabajo.

Recuerdo los ensayos de los primeros años, comenzando a hacer costales y poniéndolos, una y otra vez, buscando esa ciencia incierta para que quedaran en su sitio. También muchas frías noches de invierno, con ensayos soportando el duro cierzo de nuestra ciudad, la lluvia e, incluso, alguno con nieve en las aceras. Ensayos que, en aquellos años, terminaban más cerca de las dos de la noche que de las doce. Incluso, si me esfuerzo, puedo recordar algún ensayo en una mañana de domingo con un agradable sol que invitaba a quitarse los guantes y la sudadera bajo el Paso. Entre unos ensayos y otros también quedó tiempo para que, en alguno, nos acompañara una radio para seguir el resultado

de algún partido de fútbol; pero hubo muchos más de apretar los riñones contra la faja y los dientes para poder avanzar racheando, alargando la zancada, por las solitarias calles del polígono de Cogullada. Con el tiempo que ha transcurrido, de aquellos ensayos, si hay algo que me queda hoy, por encima de todo, son las risas de una pequeña cuadrilla formada por un grupo de amigos unidos en una tarea común.

También conservo en mi memoria, como un tesoro, aquellas primeras procesiones. Entrar bajo el Paso la noche de Jueves Santo buscando a tientas mi rincón junto la pata y ver caer el faldón para hacerse la oscuridad. Acurrucarme en un reducido espacio, agachado, junto a los hermanos, hasta que oíamos la voz de Javier que, tras golpear el Paso con el llamador, gritaba: "Escuchadme todos". No estoy seguro que le escuchara. El corazón se me aceleraba. Apretaba con las manos el frontal del respiradero y, tras una breve oración, hundía el cuello en la trabajadora con la humilde protección del costal que sabía no era suficiente para salir con el cuello ileso tras una procesión entera. Sentía el contacto de mi fijador, apretándome con su hombro, reduciendo el escaso sitio que tenía; incluso, en alguna ocasión, apoyando mi mano en la suya. Cerraba los ojos, porque en la oscuridad no veían nada, para intentar ver con los del alma. Pensaba en el Cristo, coronando el Paso, rodeado por el monte formado por de miles de flores de iris que por la mañana me había afanado en tejer. Mis pensamientos, normalmente, terminaban bruscamente al interrumpirse por la voz de Javier, cuando nos decía aquello de que: esta noche "sois los pies de Cristo". En ese momento de la noche de Jueves Santo, con el cuello apretado contra el madero, me sentía un poco como el Cirineo, ayudando a llevar la Cruz de Cristo por las calles para anunciarlo.

El llamador volvía a caer, una vez más, golpeando el Paso y la voz re-

## Semana Santa en Zaragoza

sonaba con fuerza en la Iglesia: "Todos por igual, ¡valientes!" Qué ironía; valientes, ¡insensatos más bien! Pero, en ese momento de la noche, ya no quedaba más que apretar los dientes mientras los cuerpos se balancean hacia delante, acompasadamente, y se tensaban. De nuevo, la misma voz, ordenaba con toda la energía de la que era capaz: "¡Al cielo con Él!" Y, el Paso subía como en una liberación de todos los que estábamos debajo. Realmente, no tengo la sensación de haberlo levantado ningún año. Sí, he saltado a la orden con él, pero casi me parecía que era el Paso el que ascendía y me levantaba.

Poco a poco comenzábamos a caminar por la Iglesia, despacio, muy despacio, buscando la puerta de la calle y un nuevo reto. "Los dos costeros a tierra por igual." Resonaba nuevamente la voz. El Paso bajaba y seguía bajando hasta que los zancos, a los que habían retirado medio metro de madera, rozaban el suelo para que el Cristo pudiera pasar por el quicio de la puerta.

¿Por qué harán las puertas de las iglesias tan pequeñas? O ¿por qué son los Pasos tan grandes? Nunca he entendido este afán por lo difícil; sobre todo, no lo entendía cuando me debatía, agachado, sujetando la pata del Paso para mantenerlo recto y atravesar la puerta sin golpearla.

Pasada la puerta, reflexionando sobre el momento y sobre la procesión en general, creo que, precisamente eso, el reto, el esfuerzo, el cansancio compartido al llegar a la meta, es lo que une la cuadrilla, lo que genera complicidad con el compañero, lo que hace que hoy ayudes porque sabes que ayer te ayudaron y, mañana, también. Además, sabes que sin esa ayuda no vas allegar.

Ahí se encuentra el humilde germen de la fuerza del costal: en la solidaridad del grupo en la tarea compartida. Más aún; en el esfuer-

zo y sudor compartido que crean un lazo de unión, una camaradería difícil de explicar pero que se trasluce, limpiamente, al salir del Paso de vuelta a la Iglesia, en los abrazos de liberación, tras la tarea cumplida y la Procesión finalizada.

Aún conservo más recuerdos de aquellas primeras Procesiones "de mármol a mármol", como decíamos, o lo que es lo mismo: sin salir del Paso en toda la noche hasta concluir la estación de penitencia, porque penitencia era no tener ningún relevo. Eran Procesiones en las que, bajo la oscuridad de los faldones, hundido en mi solitaria esquina, junto a la pata izquierda del Paso, tenía el humilde privilegio de tener delante el respiradero, cuyo calado entre los recovecos de la madera tallada permitían la entrada de aire fresco y adivinar a los fieles que se agolpaban en las aceras para vernos pasar. Pero, también, me permitía esperar, con anhelo, llegar al Gran Hotel, para en las cristaleras de los escaparates de las tiendas del chafflán de enfrente, por unos segundos en toda la noche, ver discurrir el reflejo del Paso que llevaba y al Cristo.

Luego, en la soledad del Colegio Notarial, cuando depositábamos el Paso en el suelo empedrado y me arrastraba bajo los respiraderos y faldones para salir, reptaba hasta la pared para sentarme recostado contra ella y miraba el Cristo por unos instantes. Mentalmente le decía: "un año más. Hasta que tú

*Aún conservo más recuerdos de aquellas primeras Procesiones "de mármol a mármol", como decíamos, o lo que es lo mismo: sin salir del Paso en toda la noche hasta concluir la estación de penitencia*

quieras." Y me quedaba perdido en mis pensamientos hasta que me devolvía a la realidad un hermano que, subido al Paso, entre cartelas y flores, pasaba por delante del Cristo para seguir apagando los cirios. Momentos después, una mano sudorosa se acercaba a la mía delante de una cara sonriente, me apretaba con fuerza y me ayudaba a levantarme para terminar fundidos en un abrazo.

Así seguí durante muchos años, procesión tras procesión. Pero conforme se iban sucediendo también acumulaba años. Finalmente, llegó la hora de poner el Paso de la Santa Cena a andar. Estuve hablando con Javier, mi capataz, contrasté sensaciones y pensamos que era una ocasión inmejorable para despedirme del costal o, al menos de salir debajo de un Paso, bautizándome con la Santa Cena en su primera salida.

De todas formas, no me he llegado a despedir del todo ya que, después de tantos años, me he quedado un poco enganchado al Paso, los amigos, el ambiente. Por eso he tenido una despedida con trampa. De una parte, en nuestro Vía Crucis, soy uno de los que todos los años, en un relevo, se acerca a coger uno de los brazos de la Cruz del Cristo del Perdón para sacarlo a la calle. De otra, en varias ocasiones recogiendo los Pasos me he colado entre sus trabajaderas para sentirlo en mi cuello una vez más, ayudando a subir o bajar el Paso de la plataforma para su retiro hasta la próxima Semana Santa.

Además, he tenido la suerte de compartir un retiro habitual entre costaleros, al seguir el Jueves Santo participando de nuestro desfile en primera fila, al lado del Paso de la Santa Cena. Es otra forma de participar, pero me ha permitido el inmenso privilegio de poder reflexionar sobre el costal y los Pasos al ir delante de él, poder contemplarlo y sentir la catarata de emociones que derrama conforme avanza por

## Semana Santa en Zaragoza

la calle. Porque, la Semana Santa, por su peculiar carisma, se separa de razones y predica a quienes la contemplan desde el mundo de los sentimientos y las emociones.

Ahora, en la noche de Jueves Santo, al ver el Paso andando en cada calle de nuestro recorrido con sus vueltas y revueltas, he llegado a comprender el origen de su fuerza expresiva: es la fuerza que le transmiten los costaleros con su andar suave y cadencioso. Gracias a ese caminar, el Paso adquiere vida propia y transmite las emociones que le aportan los costaleros con su trabajo. Así, consigue convertirse en el centro del cortejo procesional y transmitir toda la grandeza de su propio mensaje.

Llegados a este punto, tras explicar mi personal relación con el costal, únicamente me queda reflexio-

nar sobre una pregunta: ¿Qué es lo que le imprime al costal ese atractivo que atrapa bajo las bodegas del Paso? Creo que es la mística que le rodea. Son las ceremonias repetidas y compartidas, año tras año, que se van fijando con el paso del tiempo. Es ponerse el costal unos a otros, la faja, sentir la ineludible necesidad y complicidad del compañero para hacerlo. Entrar bajo el Paso, elemento totémico de la Cofradía, tocar sus maderas. Ver caer los faldones y perderse en la oscuridad y soledad de la noche, rodeado de compañeros con los que se comparte el tremendo esfuerzo de la tarea común. Es el olor del incienso que te precede y lo impregna todo; el suave aroma de las flores que adornan el Paso y se percibe medio metro más abajo. La música que acompaña y aúna a todos en el esfuerzo común hasta emborracharnos en los solos perdidos de una

corneta, con la que la mecida del Paso se hace imperceptible salvo para quién la siente y la acompaña como en un suave baile con el Señor o la Madre que preside el Paso. Es repetir las mismas frases, una y otra vez: "¡Todos por igual, valientes!" "¡A esta es!" "¡Al cielo con él!" Y, en ese preciso momento, sentir que tú, te vas detrás al cielo con Él. Es salir del Paso, al final de la noche, sentir el gozo de la tarea cumplida y compartir la alegría, abrazándose con los compañeros gracias a los que todo ha sido posible.

En realidad, lo que tira del costalero, no es el costal, un mero trozo de tela. Es el Paso bajo el que se cobija y el calor de la cuadrilla a la que se siente unido.

**Enrique Martínez**

Costalero, pertiguero  
Hermano de la Eucaristía



## Semana Santa en Zaragoza



### SEGUNDO RECUERDO: ANTONIO NAVAS, CAPATAZ

Aunque veinticinco años puede parecer un periodo relativamente corto para que podamos considerar que el costal está consolidado, sí que compartirán con nosotros que desde luego la semilla ha germinado, haciendo realidad lo que podía parecer una locura de un par de cofradías, Eucaristía y Humildad. Además, hoy contamos también con una pro hermandad Esperanza Trinitaria, que va por el mismo camino, quien sabe si puedan sumarse alguna otra.

Lo que sí que está claro es que cada vez más jóvenes se acercan a estas hermandades por el costal, con ganas, ilusión y fe.

Las grandes dificultades, el desconocimiento, porque no decirlo, críticas del mundillo de la Semana Santa en el sentido de que esto no es lo nuestro, que se creen... se están superando, hablo por la Humildad, los Domingos de Ramos, el colectivo de las cofradías y muchos zaragozanos,

no se pierden el caminar de Jesús de la Humildad y María Santísima del Dulce Nombre por las calles del Casco Viejo zaragozano, (incluso muchos de los que más nos criticaban).

Primero salió la Eucaristía. Dos años más tarde la Humildad sacó a su titular en un paso para veinte costaleros, con tan solo unos 16 valientes que con mucho trabajo e ilusión intentaron, no con poca dificultad, que el Señor de la Humildad caminara por las calles de la Magdalena, a través de los pies de un puñado de sus cofrades y devotos. Hoy, sigo contando con dos de aquellos primeros valientes.

Todos los cofrades de Zaragoza saben, que la Cofradía de la Humildad, tiene sus antecedentes en la de Jesús ante Caifás, hermandad esta que se crea al estilo andaluz, más concretamente sevillano. La Humildad es una continuación de ésta, por tanto, en sus genes e idiosincrasia, está el

llevar a sus titulares a Costal, esto no resta las muchísimas dificultades y problemas para llevar a buen puerto esta empresa en la tierra del Ebro.

Nuestros titulares llegaron a Zaragoza y fueron bendecidos en la primavera de 1994, salidos de la gubia del imaginero sevillano Francisco Berlanga de Ávila.

El paso de Jesús de la Humildad, aunque con ruedas, ya estaba preparado con las trabajaderas correspondientes, para así quitarles las ruedas y poder llevarlo a costal.

Por ello, en el final del 1997 la Junta de gobierno de aquella época con su Hermana Mayor al frente Ana Martínez Laya, preparó una reunión, a la que me conmina a ponerme a la cabeza de unos cuantos hermanos jóvenes cofrades para que, en la Semana Santa de 1998, Nuestro Cristo no procesionara de forma mecánica sino portado por la Fe y la fuerza de

## Semana Santa en Zaragoza



hombres que con fervor y devoción le hicieran andar.

A esta reunión, que se celebró en el bar que tenían los hermanos Orte en el Actur, se sumaron unos cuantos jóvenes más, algunos cofrades y otros amigos de los primeros, que jugaban al fútbol juntos en un equipo.

He de decir que me temblaron las piernas, noches de insomnio, preparación del paso, muchos ensayos, (concretamente unos veinte cuando hoy estamos realizando unos cinco o seis), traer costales, hacerse la ropa, en fin, yo no tenía ninguna experiencia, si tenía ganas y voluntad para que aquello saliese adelante, como hermano y como andaluz.

Tras un largo debate, nos dejamos aconsejar por una persona que "parecía que sabía", recomendó que

*Nuestro Cristo se elevó,  
las lágrimas corrieron  
en los ojos de todos los  
presentes. Ahí me di  
cuenta que no había  
vuelta atrás*

mejor que a costal, colocásemos las trabajaderas de forma verticales y portar el paso con los dos hombros, por el interior, igual que con el costal, al estilo de Granada.

Bueno, adelante, más trabajo para cambiar las trabajaderas de posición... por tanto, en la Semana Santa de 1998, nuestro Cristo anduvo, no a costal, sino a hombros por el interior con estética más rígida, pero parecida al Costal y sobre todo portado por la fe de unos valientes dieciséis primeros hermanos, sin relevos, en un paso para veinte.

Como anécdota digna de destacar, decir que unos días previos al Domingo de Ramos, cuando Nuestro Cristo se entronizó en el Paso, a puerta cerrada en la Iglesia del convento de las Reverendas Madres Agustinas de Santa Mónica, sede canónica de Nuestra hermandad, con muchos hermanos dentro, por primera vez llamé a los costaleros y Nuestro Cristo se elevó, las lágrimas corrieron en los ojos de todos los presentes. Ahí me di cuenta que no había vuelta atrás.

Fue el momento en que la semilla recibió el primer riego, hoy esa semilla ha germinado y de qué manera en estos últimos años.

Para la Semana Santa de 1999, se colocaron de nuevo las trabajaderas en su sitio y la Humildad sacó a sus dos titulares a Costal, Cristo y Virgen. El Cristo con 20 costaleros y la Virgen con 30, por supuesto sin relevo.

En la Semana Santa de 2003, Jesús procesiona por primera vez en un paso mucho más grande, que iría



incorporando figuras secundarias para representar el Misterio de la entrega por la autoridad judía.

Paso para 45 costaleros, llevándolo entre 41 y sin relevos, de nuevo unos años de dificultad, hasta la fecha en que he de decir con orgullo, que contamos tanto en el Misterio como en el Palio, prácticamente con dos cuadrillas cada paso.

Poco a poco, entre todos, trabajando con humildad y sin pretender dar lecciones de nada, ni que nadie cambie su forma de hacer o de pensar, estamos orgullosos de lo conseguido, y rezamos a Nuestros Sagrados titulares para que sigan manteniendo nuestra fe e ilusión en esta bendita locura que es el Costal.

A modo de reflexión final, decir que hay muchas maneras de llevar a Nuestros titulares, todas ellas respetables, sin embargo, convendrán conmigo, que no son las ruedas el más adecuado.

**Antonio Navas Marín**

Capataz  
Hermano de la Humildad

